

Domingo XXV del Tiempo Ordinario (20-09-26)

Homilía del cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

Hermanos y hermanas:

Como hemos venido diciendo todas estas últimas semanas, el evangelio de Mateo quiere educar a los primeros discípulos para que, a través del mismo Evangelio que luego se ha tomado como uno de los evangelios más leídos en la Iglesia, todos construyamos la Iglesia con estas reflexiones que aparecieron recordando a Jesús, pero, simultáneamente, viendo los problemas que se tuvieron al inicio de la construcción de la Iglesia. En ese caso, concretamente en la comunidad de Siria, en donde estaba Mateo.

Y, por esa razón, ahora nos toca un tema que es muy importante en la comunidad: quién es primero, quién es después, y cómo es necesario ordenar las cosas cuando van llegando unos últimos que se asumieran a los primeros y los primeros les dicen: “Nosotros conocemos todo, ya estamos en el primer lugar, ya nosotros nos merecemos todo”.

Nos pasa en los grupos: en la Iglesia, las señoras que ya están en la liturgia, por ejemplo, pueden pensar que las nuevas que vienen “no saben nada” y, en vez de acompañarlas, a veces dicen: “No, tú no sabes nada”. O también los catequistas: los viejos catequistas respecto a los nuevos. Lo mismo con los sacerdotes respecto del Pueblo de Dios, los obispos respecto a los sacerdotes. Siempre tenemos esa idea de que el que está primero se merece todo. Y el Señor tiene trato igual, Él no maltrata porque todos somos hermanos, todos somos amados de Dios. Y si tenemos distintas funciones y tareas, son complementarias y nadie es privilegiado. Eso es lo que quiere corregir en sus discípulos.

Les recomiendo, antes del capítulo veinte que estamos comenzando ahora, hay el diecinueve, en donde está el famoso texto del joven rico que se va porque tenía muchos bienes, y Pedro le dice: “Nosotros te hemos seguido. ¡Ese no!” ... Y, entonces, el Señor les dice: “en la regeneración, ustedes los doce, se sentarán en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel” ... como diciendo “en la regeneración”, o sea, cuando venga el Reino de Dios definitivamente. Mientras tanto, “chitón” (silencio), mientras tanto no se sientan superiores, sirvan como todo el mundo tiene que servir.

Y eso, justamente, esta parábola se hace como réplica, porque le dicen: “Nosotros hemos seguido todo, qué nos vas a dar”. Les voy a dar el lugar igual de todos, que es lo que quiere decir esa parábola.

Vamos a seguirlo un ratito: “El Reino de los cielos se parece ...”, empieza diciendo Jesús. Una cosa más linda que tiene el Señor de presentar las cosas es que el cielo se parece a lo que sucede en la tierra. Miren qué interesante, porque a veces nosotros, cuando predicamos o cuando tenemos costumbres religiosas, decimos que hay que subirse al cielo. Resulta que el cielo se parece a lo que pasa en la historia. ¡Qué maravilla! Un Dios que nos dice que el cielo está en la tierra. Está evidentemente creciendo y, por eso, hay gestos y cosas lindas en la tierra que hay que rescatar.

Les digo eso porque una de las “enfermedades” que tenemos los cristianos, especialmente, los católicos, es no visualizar a Dios en los problemas que están abriendo. Y, entonces, por eso también no leemos el Evangelio. ¿Porque, qué hace el Evangelio? Nos habla de la tierra para hablarnos del cielo, y permanentemente nos sirve para cotejar cómo están las cosas y decir por dónde está Dios en este momento para hacer su voluntad. Es muy importante.

El Evangelio es una brújula para que, cuando caminamos en la tierra, podamos discernir cómo ya está Dios actuando y cómo nosotros nos ponemos en sintonía con Él. Y, por eso, dice: “el Reino de los cielos se parece a un propietario que al amanecer salió a contratar porque tenía una viña”.

Qué interesante que el Reino de los cielos se parezca también a una persona que contrata y da trabajo. El Reino de los cielos se parece a una ama de casa que se sienta a cocinar y llama a las amigas porque ha hecho una torta riquísima ... así es el Evangelio. Por eso es que somos cristianos, porque nos sentimos que Jesús nos habla de Dios desde nosotros.

Jesús no dice: “el Reino de Dios no se puede parecer al mundo porque el mundo es malo y todos sus hijos son unos pecadores que tienen que arrepentirse y se acabó”. No, también tenemos cosas buenas porque somos hijos e hijas de Dios todos. Y, por lo tanto, siempre tenemos algo bueno, incluso el más terrible de los delincuentes. Si no, no podría cambiar el mundo si todas las personas fueran solamente pecadores y no tuvieran la vocación de ser santos o no tuvieran algo bueno. Y la evangelización es anunciar la buena noticia de que Dios sigue con nosotros y de que podemos cambiar y podemos mejorar por el bien nuestro, porque uno piensa que es por el bien de Dios, pero es por el bien nuestro. El Señor por eso se encarnado en nosotros.

Y dice una cosa sencilla: contrató a unos en la mañana temprano por un denario. ¿Qué cosa es un denario? Cuarenta y cinco soles. Por esta jornada de trabajo, yo voy a pagar este monto. Es verdad que hoy cuarenta y cinco soles parece poco porque se ha devaluado, antes era un montón de plata. En todo caso, ese es más o menos el equivalente en soles. Ellos aceptan, porque en esa época seguramente ese denario les parecía justo, trabajar toda una jornada. Pero, luego, este señor sale al mediodía, sale a la

tarde y luego al atardecer y va contratando gente. Y luego de que han trabajado todos - unos evidentemente han trabajado más horas y los otros menos - ordena que se le pague de los últimos hasta los primeros.

Y los últimos reciben su denario y sus cuarenta y cinco soles, habiendo trabajado poco. Si nosotros somos calculistas y basamos todo en el cálculo, evidentemente, los segundos diríamos: “han recibido un regalo”. Pero, muchas veces, cuando calculamos, agarramos y decimos: “han recibido un regalo, ¿y por qué van a recibir el regalo y nosotros no más?”. Y, entonces, se vienen las envidias.

Inclusive, la expresión en griego exacta que usa el evangelio de hoy (Mateo 20, 1-16) es: “por qué tu ojo es malo si yo soy bueno”. El “ojo malo”, el ojo perspicaz que le saca cosas negativas a la realidad. ¿Por qué no ves mi bondad en vez de ver esto, esa diferencia, como algo negativo? ¿Por qué? Porque los primeros en hacer el contrato pensaban que recibirían más por trabajar más tiempo y bajo el calor.

Imagínense, si son cuarenta y cinco soles y han trabajado y calculado por horas, imagínense la cantidad que pensaban que iban a recibir. Y el Señor les llama la atención solamente por una razón: porque, al considerar al último, lo consideran como un competidor. Pongamos un caso: si en una familia hay ocho hijos y todavía la mamá está encinta de uno noveno, ¿acaso toda la familia no espera al más pequeño? Y, cuando nace, todos le hacen la fiesta. No vamos a estar los manganzones mayores diciendo: “No, a mí no me hacen fiesta”.

Tenemos a veces ese “ojo envidioso” que no logra comprender que los últimos realmente tienen el valor de la debilidad en la que Dios se encarnó, porque su Hijo murió débil en una cruz y nació débil como un niño. Y, en la historia de nuestras familias, de nuestra historia de ciudad, todos nos

enternece cuando nace un niño, gracias a Dios todavía. Y los pequeños nos gusta que vengan a celebrar la misa, a participar en la misa, porque desde pequeño, si uno vive ese camino, la vida es más linda porque la va a llenar de dulzura y de belleza como los tratamos. Y uno de los problemas que tenemos hoy día es que hay mucho maltrato a nuestros niños.

Hemos visto esta tragedia estos días, de este colegio, en el cual un grupo de jóvenes abusó a uno de los muchachos. Eso es porque quizás ya no tenemos esa educación y esa compañía a los niños, y tenemos que reformar nuestras familias para estar atentos a que hay muchos peligros y tenemos que enseñar. La sexualidad es algo bello y profundo que tiene que cuidarse, y tenemos que cuidar la sensibilidad de todos, porque si uno tiene un drama en ese punto, luego se desquicia porque se siente destruido y maltratado.

En la homilía de Fiestas Patrias dijimos que el país, más que un país dividido, era un país maltratado, porque nos maltratamos los unos con los otros. Nos tenemos que ayudar más bien y valorarnos. Una gran tarea de la Iglesia es esto que hace Jesús acá: el incorporar a los últimos en situación de igualdad con los primeros. Y ya para la Iglesia es una excelente enseñanza porque en cada una de las misas tomamos los Evangelios, que es lo que la primera generación nos contó y lo seguimos por tradición año tras año. Ya son más de veinte siglos que hacemos eso, y actualizamos, pero no cambiamos una palabra de lo que dice el Evangelio. Pero, evidentemente, nos es útil hoy día y en cada caso hay que ver cómo lo que está hablando hace veinte siglos sigue vigente hoy día porque el Señor nos acompaña siempre, porque jamás nos abandona. Y si mandó a su Hijo y entregó su vida para no abandonarnos y

estar siempre con nosotros, suscitar hoy día en nuestra vida el reconocimiento de la presencia de Dios.

No es que no tengamos nosotros a Dios, todos tenemos a Dios metido dentro. La cuestión es reconocerlo. ¿Se acuerdan de esa frase de Jesús a la Samaritana? “Si conocieras el don de Dios y quién te dice, dame de beber, tú le pedirías a Él y Él te daría agua viva”. No le dice: “Si tuvieras el don de Dios ...” porque lo tiene y lo tenemos todos. Lo que pasa es que no lo conocemos.

Necesitamos aprender a conocer el don de Dios que está presente en todos nosotros de diferentes maneras, que suscita las vocaciones e inclinaciones de todos nosotros. Tenemos personas aquí de diversas profesiones que han venido, que se dedican a atender a la gente, a ayudar. Y tenemos distintas maneras de servir cada uno: las amas de casa distintas, a los que somos curas, a los que estamos trabajando en la calle o a los que barremos. Todos tenemos caminos y experiencias diferentes y, además, vocaciones, llamados diferentes.

Hermanos y hermanas, no podemos salvarnos, en el sentido de vivir plenamente, si es que no lo hacemos a partir de lo que valemos. Y no valemos porque alguien nos pone un precio, valemos porque Dios nos ha dado dones a cada uno diferentes para complementarlos, intercambiarlos y desarrollarlos juntos.

Por eso hoy día es un día lindo, porque el Señor dice: “Todos valemos”. Y a todos por igual, porque a todos se les ha dado diferente, cada uno lo suyo, cada particularidad, pero todos somos iguales porque todos somos hermanos.

Que Dios los bendiga, hermanos y hermanas, y nos haga mucho más una Iglesia que, siendo testigo de que somos

hermanos y podemos hacernos llamarnos y querernos porque somos hijos de Dios, podemos hermanar a este país tan dividido y tan maltratado que tenemos.

Que la bendición del Señor permanezca siempre con ustedes. Amén.

Palabras finales:

Preparémonos todos para reconocer lo que el Santo Padre nos va a dar y decir en su visita al Perú: su anuncio como Papa, de cómo él siente que como comunidad católica cristiana peruana podemos mejorar para dar testimonio y acompañarlo en su misión de pacificación de todo el mundo.

Siempre que alguien nos visita, ustedes le preparan un tecito, un pastelito, unas empanaditas. Bueno, al Papa, la mejor manera de esperarlo como visita es preparar nuestro corazón para abrirnos a los demás y suscitar el amor que necesitamos para resolver todos los problemas de nuestro país.

En realidad, hermanos y hermanas, por ejemplo, lo que ha pasado en esta escuela naval es una falta de amor, una falta de respeto, de reconocimiento de que nadie puede ser maltratado ni despreciado por su color u origen. Todos somos preciosos ante Dios, somos sus hijos: indoblanquinegros, blanquinegrindios y negritos blancos, como decía Nicomedes de Santa Cruz.

Tenemos que aprender ese camino de valoración mutua porque así quiere Dios que el Reino se realice. Ahora que han traído a Juan Macías, que era medio compadre de Rosa de Lima. ella siempre decía: “Hay que hacer del Perú una partecita del cielo”, es decir, un anticipo del cielo, una partecita.

Hermanos y hermanas, podemos hacerlo si nos ponemos de acuerdo y dejamos todas las tonterías de pensar que, porque yo soy de la “high”, porque yo soy obispo, porque yo soy del juzgado, de la fiscalía, los demás son una “chusma”. Todos somos hermanos, lo dice hoy día el Señor y a todos se les da la misma parte.

Hermanos y hermanas, podemos ir llevando la paz del Señor.